

PERSPECTIVAS ANTROPOLOGICAS
DEL ABURRIMIENTO

W. J. REVERS
UNIVERSIDAD DE SALZBURG

El bostezo es, igual que la risa y el llanto, un fenómeno específicamente humano. Hay que reconocer que muchas veces se bosteza de cansancio — como comenta SIGMUND VON REDECKI (1) con mucha gracia —, pero también la risa puede deberse a veces a unas cosquillas y el llanto a unas cebollas. En estos casos no merece la pena tener en cuenta la dimensión que fundamenta las llamadas maneras de comportarse. Lo que nos interesa es reconocer estos síntomas corporales cuando carecen de causa física. Nos interesa cualquier bostezo que revele un poco de humanidad, incluso en los perros. Nos interesa la expresión pura de esa situación humana que llamamos aburrimiento, ya que, a pesar de lo que digan los protectores de animales, éstos son incapaces de aburrirse. No tienen tiempo para ello — en el verdadero sentido de la palabra —. El tiempo sólo se le puede hacer largo a quien “tiene tiempo”; no basta “estar en el tiempo”. Los animales “están en el tiempo”, eso lo tienen en común con nosotros, pero en cambio no *tienen* el tiempo. Son, como nosotros, seres vivos, o sea seres que devienen (*werdende*), pero su ser se colma en el devenir temporal, se consumen en su vida. No pueden llegar a manifestar el lujo biológico de la excentricidad, característico del hombre. La vida de los animales colma tan plenamente su esencia, que sería imposible que éstos llegaran a inventar un aparato como el reloj, para regular sus actividades. El ser viviente que quiere medir el tiempo, tiene que colocarse en un punto arquimédico fuera del tiempo del devenir viviente. Tiene que ser capaz de considerar el tiempo de su devenir desde su ser extratemporal, para poder así interpretar el tiempo de su vida como la historia de su existencia. El hombre no puede consumirse en el tiempo de su vida, sino que tiene que poder convertir el tiempo de su vida en tiempo de sí mismo; y aunque exista dentro del tiempo, tiene que ser capaz de reflejar desde su ser de fuera del tiempo la temporalidad que se realiza en él. Este hecho viene condicionado por la contradicción que se produce en la interioridad de una esencia, entre el ser intemporal y el *devenir* temporal.

Se puede relacionar la experiencia del aburrimiento con el aparato que sirve para medir el tiempo, o sea con el reloj; ya que tanto para aburrirse como para descubrir el reloj es indispensable que se “tenga” tiempo, no sólo que se “viva” en el tiempo. Aburrirse y descubrir el reloj delatan la unidad de la contradicción interna y subjetiva que supone por una parte la temporalidad y por otra la dignidad de la meditación sobre el tiempo.

(1) *Die Welt in der Tasche*. Koesel/München, p. 65.

Es esta contradicción la que posibilita "el poder tener conocimientos" y el "querer saber" a propósito del tiempo. Ningún sujeto viviente puede conocer el tiempo sin tener a la vez un concepto de lo contrario al tiempo, o sea de la eternidad. Para poder inventar el reloj y para poderse aburrir, el sujeto viviente no puede encontrarse tan bien adaptado a la vida como el animal. Si al sujeto viviente se le puede hacer largo el tiempo o se le puede incluso llegar a parar y si el sujeto viviente quiere medir el tiempo, es porque está *en* el tiempo *frente* al tiempo; es porque se siente *extraño* en su temporalidad del tiempo. Y tan extraño y tan enfrentado se siente, que el tiempo dado a su ser-en-el-mundo se le presenta como un tiempo encomendado a su historia. Precisamente porque el hombre se siente extraño en el tiempo, la temporalidad de su ser-en-el-mundo le impulsa a convertir esta temporalidad en *su* tiempo, y a tener que transformarla en la historia de sí mismo. El que se siente extraño en el tiempo tiene que vencer el tiempo del devenir para realizarse a sí mismo. Pero precisamente cuando la provocación del tiempo delata la impotencia de la propia creación y la futilidad de la existencia, el tiempo se convierte en el horizonte en el que se produce la experiencia del aburrimiento (2). El aburrimiento manifiesta la naturaleza personal del hombre, al revelar el dolor que éste siente por la pérdida de la historicidad. El aburrimiento aparece como la sombra de la historicidad, siendo la historia la manifestación de la extrañeza del hombre con respecto al tiempo, en las obras de su ser-en-el-mundo realizador y de su naturaleza personal creada. Pero no es fácil observar el fenómeno del aburrimiento en sí. Siempre que hay una posibilidad de que surja, algo hacemos para evitarlo, por eso rara vez damos con el aburrimiento cara a cara. Cuando lo vemos en los demás, su inaguantable banalidad e insustancialidad nos repelen. Si se pudieran iluminar las sombras, se tendría la tentación de decir que la historia de la humanidad no es más que el intento de suprimir el aburrimiento. Pero esto supondría una dudosísima interpretación de lo que entendemos por luz o por historia. Tendríamos que haber convertido el pesimismo en una ideología misantrópica, para poder creer que los hombres han creado culturas, observado cultos, creído en Dios, que han introducido sistemas sociales, económicos y de jurisdicción, que han construido edificios, promovido la ciencia, el culto sagrado, el baile, la poesía; que han creado el arte y la música, y finalmente que han guerreado unos contra otros, sólo para no morir de aburrimiento. Es más fácil hallar el aburrimiento en la base de cualquier obra que solo. Y los caminos que nos ayudan a evitarlo, nos resultan más familiares que el aburrimiento mismo; tan familiares nos resultan, que consiguen que no nos demos cuenta de lo vergonzoso que intentan esconder. Pero no toda actividad o realización supone la huida del aburrimiento. El aburrimiento aparece como base latente de una actividad, cuando a lo largo de la actividad, el tiempo mismo se hace problemático; cuando nos vemos obligados a llevar a cabo una actividad para "pasar el tiempo".

(2) En mi "Psychologie der Langeweile", Meisenheim 1949, se halla un análisis más extenso del fenómeno.

La causa de todo pasatiempo está, en el fondo, en el aburrimiento. El pasatiempo que supone la dispersión, la diversión, la búsqueda de sensaciones y alegrías va ensombrecido por la pérdida de su historia, para quien sintiéndose extraño en el tiempo, huye hacia el tiempo del ser-en-el-mundo momentáneo. Sin embargo, es cierto que ninguna sombra es sólo sombra, y también en el caso del aburrimiento, hay que ver la luz que produce la sombra. También es cierto que no todo lo que "hace pasar el tiempo" es un pasatiempo en el sentido que acabamos de indicar. El olvido del tiempo y la ausencia del aburrimiento gracias al ocio, a la diversión y al entretenimiento alegre, o gracias a la fascinación y al entusiasmo de la contemplación o del sentirse absorbido por las cosas, es también ser-en-el-mundo del momento, pero no huida hacia el ser-en-el-mundo momentáneo en el que están negados pasado y futuro. El "aburrimiento" es la sombra que guía nuestros impulsos hacia nuestro devenir y hacia nuestra historia. Donde mejor observamos el contenido del aburrimiento, es cuando éste es todavía "inocente" por así decirlo, o sea cuando se produce en el niño. Apenas ha tomado el niño posesión de su cuerpo y de sus miembros cuando ya aparece el aburrimiento. Tan pronto como ha saciado sus necesidades vitales — el hambre, la sed, etc. — se le despierta una necesidad de estar ocupado, que supera cualquier exigencia vital. El niño no se siente impulsado a actuar porque lo exija la satisfacción de las necesidades vitales, sino que precisamente cuando todas ellas están satisfechas, necesita una ocupación a la que no llegue impulsado por la necesidad y que no sirva para un fin objetivamente eficaz, sino que posea en sí misma su teleología. El niño exige una actividad por el hecho de estar activo (3), quiere divertirse, quiere jugar. En el juego halla el objeto del actuar — el juguete —, que no es el fin, sino el medio del actuar; el juguete no es aquello de lo que se trata al actuar sino lo que posibilita el estar actuando. Al jugar, el niño no considera los objetos con los que trafica como objetos determinados sino que trata a las cosas como algo a lo que él mismo puede dar significado y sentido; como algo que puede variar y tomar forma según convenga a las exigencias del juego. Según las reglas del juego, a una misma cosa se le pueden asignar diversos papeles. Y una cosa sirve como juguete mientras no limite las necesidades de variación del juego. Una y otra vez podemos observar cómo el niño despierto y satisfecho pide juguetes; cómo, según el juego, atribuye significados diversos al juguete; finalmente cómo, si se le quiere volver a dar el juguete que ya le es indiferente, el niño lo tira sin importarle y lo rechaza enfadado. El niño necesita un nuevo juguete porque quiere jugar a algo distinto, a algo nuevo. Si en el juego no se produce la variación deseada, el niño se vuelve insoportable, desazonado, y su equilibrio psíquico se altera. Al pararse el juego, el niño se aburre. Más adelante, cuando ha aprendido a hablar, expresa la angustia de esos momentos en la frase: "No sé qué hacer". Sin embargo, el "no tener nada que hacer" no es en sí una situación desgraciada. La desgracia del "no

(3) Compárese con el concepto "Funktionslust" que utiliza K. BÜHLER.

tener nada que hacer" está en "tener que hacer algo". El verdadero contenido de la queja del niño cuyo juego ha interrumpido el aburrimiento, quiere decir: "No puedo seguir jugando porque no sé jugar a nada nuevo". ¿Podría ser la curiosidad la base dinámica del aburrimiento? Pero seamos prudentes e intentemos ver primero si realmente se trata sólo de curiosidad, de la espera y búsqueda de nuevas impresiones, o si la curiosidad es sólo la motivación específica de una exigencia que la abarca y cuya frustración tiene como consecuencia la extraña inseguridad del aburrimiento.

El aburrimiento irrumpe en el juego cuando la fantasía del niño no está suficientemente desarrollada. Si esta falta de ocurrencia no interrumpiese el juego, el aburrimiento no aparecería; permanecería latente. ¿De qué forma actúa este aburrimiento, que consideramos latente, que ha de ser cubierto en el juego, que nunca llega a ser completamente y al que sólo reconocemos cuando lo rehuimos o lo vencemos? El aburrimiento impulsa a seguir jugando; es decir, a hacer algo nuevo. O sea que el aburrimiento es la sombra sorprendente y mortal de la intranquilidad propiamente humana, que nos priva de la tranquilidad que produce lo que ya hemos hecho, realizado, formado y conocido. Puesto que el aburrimiento es la sombra de la fuerza frustrada de los impulsos, cuando se produce, estos impulsos cobran una fuerza de repulsión de la que KIERKEGAARD (4) dice que garantiza un largo viaje a través del mundo; la huida de la repetición. El aburrimiento nos impide dejar de actuar y de devenir y no nos permite pararnos en la vida ya vivida. Tan pronto como hemos realizado una acción y alcanzado una meta en el actual, emerge como la sombra emocional de un impulso primario que no nos permite, al llegar a una meta, llegar verdaderamente a la meta, y que nos hace odioso el tiempo en el que deseamos descansar. El aburrimiento descubre la nivelación del recuerdo que se produce en la mecánica de la repetición. Cuando llegamos a la situación en que la repetición anquilosa el pasado y ya sólo intentamos quedar absorbidos en el presente sin futuro de la instantaneidad, entonces el aburrimiento se convierte en la aparición del vacío, en el que el tiempo sin acontecimientos aparece como nuestra misma nada. El aburrimiento no ofrece ninguna meta de actuación o de devenir sino que nos las quita al demostrar que la apariencia de plenitud del "ahora" no es más que vacío de nosotros mismos. El aburrimiento delata la lucha entre el tiempo y el "impulso más allá del tiempo", que se produce "en el tiempo". El aburrimiento es la sombra que persigue nuestra ansia de llegar a ser verdaderamente plenos en nuestro devenir. Visto desde una situación favorable de nuestra existencia, nos parece que el aburrimiento convierte nuestra interioridad en un abismo vacío del ser-en-el-mundo, en muerte sin fin, en abismo de la nada. El aburrimiento muestra la insatisfacción del impulso humano por devenir. Lo podemos hallar en segundo plano y escondido en cualquier obra y actuación humana, salvo cuando está al servicio de la pura miseria, donde el trabajo incansable es enemigo de la repetición. El aburri-

(4) Un régimen alternado. *Ges. W. II.*

miento se puede vencer con el juego y con la distracción, con el entusiasmo y la emoción y, en general, alcanzando cualquier clase de plenitud y realización de la existencia personal.

Este impulso, exigencia o tendencia que el aburrimiento nos pone de manifiesto, es totalmente distinta de cualquier otra exigencia, motivación, necesidad o propensión que estudien las teorías psicológicas de la motivación; teorías que se dedican a observar todas las direcciones de los impulsos como síntomas de molestias de la homeostasis alterada (5). Pero, si según las teorías sobre la motivación, el aburrimiento revela el impulso de devenir que se desprende de nuestra existencia personal, entonces resulta ser la sombra específica que muestra este ser-en-el-mundo a la humanidad. El insaciable "ansia metafísica" (SCHOPENHAUER), que caracteriza la marcha histórica del hombre, no halla su finalidad "en el tiempo". La libido en cambio (en el sentido freudiano), o la necesidad de autoafirmación vital, tienen su finalidad "en el tiempo", están sujetas a la vida. Pero el impulso que nos lleva a crear la obra de arte, a edificar catedrales, a preguntarnos por el sentido de nuestra existencia; esa inquietud que nos obliga a investigar la naturaleza, a actuar decentemente, a celebrar culto divino, se halla básicamente dirigida hacia algo más allá del ser-en-el-mundo viviente. El ansia metafísica nos empieza a inquietar cuando la agitación de las necesidades vitales ya ha pasado. La "inquietudo cordis" — como llama San ACUSTÍN al fenómeno que consiste en este ansia que no se sacia en el tiempo — es el correlato psíquico del fenómeno físico del hombre: es el hambre metafísica que surge cuando el hambre física ya se ha saciado.

Hasta aquí hemos hablado casi exclusivamente del aburrimiento latente. Pero la actividad de nuestra civilización actual es lo suficientemente angustiosa como para que no podamos ocultar que toda esta actividad que desplegamos, se ha convertido en una lucha penosa por huir del abismo de autodestrucción que amenaza. ¿Cómo caracteriza al hombre la experiencia que él llama "aburrimiento"? (6). El hombre es el ser al que se le puede parar el tiempo. La más sórdida desesperación no provoca un deseo tan grande de suicidio como esta experiencia del estancamiento del tiempo. El punto final de la "fuerza de repulsión" que provoca, está en el desinterés por todo ser-en-el-mundo. La indiferencia total es uno de los componentes del aburrimiento, el otro es la "inquietudo cordis", el "ansia metafísica", la "tendencia a llegar a ser más de lo que se es" (7). La falta de acción y la indiferencia solas no son la causa del aburrimiento. La experiencia de la insipidez, de la vaciedad y de la nada del tiempo, viene fundada por la paradoja que se produce al enfrentarse por una parte la indiferencia existencial y por otra la insaciable ansia — sujeta al tiempo —

(5) Consúltese mi obra "Die Zeitlichkeit der Motivation", homenaje a "Werden und Handeln" de V. E. V. GEBSATTEL, editado por E. Wiesenhütter. Stuttgart, 1963.

(6) En alemán, aburrimiento se dice *Langeweile*, literalmente rato-largo. Actualmente las dos palabras se han unido. KANT, sin embargo, en su *Antropología* (58, 14, 61) la escribe separada.

(7) PH. LERSCH: *Der Aufbau der Person*, München, 6/1964.

de ir más allá del tiempo. ¿Cuál es el verdadero contenido de la experiencia del aburrimiento? ¿En qué consiste el fenómeno que los franceses llaman “ennui”, los italianos “noia”, los ingleses “boredom” y los españoles “aburrimiento”? Todas estas denominaciones se refieren etimológicamente a la experiencia del estado de aburrimiento, al hastío por el mundo de las experiencias y al asco de sí mismo. En cambio, la palabra alemana “Lange-Weile”, nombra como objeto experimental del aburrimiento al tiempo. Claro está que el tiempo como objeto experimental no puede ser un objeto en el mismo sentido en el que lo son las cosas del mundo. El tiempo como objeto de la experiencia es siempre a la vez tiempo experimentado, estado subjetivo de temporalidad. Al producirse el aburrimiento, se experimenta un tiempo en el que nada se realiza, es decir se experimenta “tiempo puro”, tiempo sin devenir. Nada resulta del aburrimiento y nada hay en él, y aunque algo haya, cuando se produce el aburrimiento, el mundo en el que se vive se convierte, a causa del desinterés existencial que sobreviene, en un desesperante vacío sin acontecimientos. El hombre es la esencia viviente a la que se le puede parar el tiempo, y cuando se halla en este vacío sin acontecimientos ¿le sobreviene la desesperación? ¿Qué le ocurre en el aburrido abismo del vacío? Como cualquier experiencia en estas circunstancias, la desesperación va a parar a la corriente de la nada. *Pero el aburrimiento no es la desesperación, sino la descomposición de la desesperación en el tiempo.* El que verdaderamente está aburrido, es existencialmente incapaz de interesarse, por lo que el desesperado ha comprometido su existencia. El tiempo que no realiza algo, no es nada, queda suprimido por su propia inmovilidad. Si partimos de la experiencia del tiempo puro, el tiempo como tal, visto desde el tiempo sin devenir, no es nada. El tiempo puro pone de relieve el vacío de las vivencias y experiencias de uno mismo y del mundo. Y esta experiencia de falta de acontecimientos, ¿qué nos dice del ser, que existiendo en el tiempo, es capaz de experimentar la falta de experiencia y de devenir sin llegar a aniquilarse? Quien se halla sujeto al tiempo, no puede saber nada sobre el tiempo y el devenir. Conciencia de tiempo sólo la puede llegar a tener, quien frente al movimiento del devenir, siente la contradicción interna de la estaticidad del ser. La conciencia del tiempo y la conciencia de sí mismo (conciencia del ser de la persona), se hallan en total contradicción. Un ejemplo ilustrará, mejor que otra cosa, esta oposición. Si nadamos en agua corriente y en vez de ser nosotros quienes realizamos el movimiento de nadar, es la corriente la que nos lleva, tenemos la sensación de que nos movemos; al llevarnos la corriente, nos damos cuenta de que nos deslizamos con ligereza, y esta sensación de que nadamos y de que nos movemos tiene su punto de referencia en el movimiento de la orilla. Sin embargo, no ocurre lo mismo cuando no se tiene la orilla fija e inmutable como punto de referencia. Cuando se está nadando en plena mar sin orillas y se deja uno llevar por la corriente, ésta le mueve a uno sin que se dé cuenta. El que pierde la orientación de la orilla o de cualquier otro punto fijo, descubre con horror que la corriente le ha alejado sin que se diera cuenta y que sólo puede volver donde estaba, nadando con mucho esfuerzo contra corriente. Esto

demuestra que sólo podemos experimentar el movimiento si experimentamos a la vez la inmovilidad. Para comprender el cambio es indispensable el "punto fijo" de ARQUÍMEDES que se halla fuera del movimiento de lo que cambia. E igualmente, la experiencia del tiempo, requiere la conciencia del ser inmóvil e intemporal. El movimiento temporal del devenir, es el movimiento del sujeto que no varía con el cambio durante la experiencia de su tiempo. La experiencia de sí funde la experiencia del tiempo; la experiencia de sí incluye la experiencia de la contradicción que supone la variación del devenir para quien ha partido de la mismidad constante de la subjetividad. La experiencia de la mismidad constante de uno mismo, que acontece en el tiempo, es la que posibilita la experiencia del tiempo.

La conciencia de sí constante que nos va realizando, nos permite comprender el "realizarse": si no nos realizáramos nosotros mismos, la realización sería total y no existiría el tiempo. El tiempo sin acontecimientos de la conciencia de sí, es aquel "rato" que no quiere pasar, que resulta interminable si no se "mata". Pero este rato interminable ya no es parte del tiempo, sino—como dice SIGMUND VON RADECKI—"caricatura de eternidad". La conciencia de nuestro devenir queda fundada por la conciencia de nuestro ser, y a la conciencia del tiempo se le da previamente la conciencia de sí. Y al contrario, también nuestra conciencia personal del ser, que queda incluida dentro de nuestro concepto de conciencia de sí, necesita del devenir constante de nuestra mismidad, o sea de aquello que nuestra mismidad realiza: en el proceso del devenir personal, el ser de nuestra mismidad se coloca en el horizonte de la conciencia de sí.

Cuando surge esta contradicción entre la mismidad constante y el movimiento del devenir, es cuando se experimenta lo que básicamente es la mismidad; es decir, la identidad de la misma mismidad a lo largo de cualquier cambio del devenir. En el recuerdo, el yo-mismo comprende el cambio de lo pasado como su ser realizado y se defiende así de la temporalidad del devenir. Así la variación que supone la experiencia propia, resulta ser una variación continua de los aspectos de la mismidad constante. La conciencia comprende a través del cambio que hay en el mundo la mismidad como yo, y a través de la variación de nuestro devenir, capta lo estático del mundo. El aburrimiento es la experiencia del vacío del ser-en-el-mundo en dos sentidos; como vacío de la mismidad y como vacío del horizonte mundial de nuestra existencia. Si es cierta la afirmación de M. PALAGYI (8): "El momento temporal es el lugar del mundo", entonces también es cierto que en el aburrimiento, el momento temporal es la nada. El tiempo como puro presente, privado de su verdadera esencia, o sea del futuro, deja de ser tiempo. Si el tiempo no es camino, realización del ser en el camino del devenir, que va desde lo que ha llegado a ser hacia el futuro, es una nada presente. El vacío del mundo lleno de experiencias a realizar, está fundado en el vacío subjetivo de un devenir que no progresa: lo que nos podría impresionar y lo que podríamos recordar, no es

(8) M. PALAGYI, *Wahrnehmungslehre*, Leipzig, 1925.

nada. Una existencia llevada por el impulso del devenir, no existe verdaderamente. En el devenir, cuando deberíamos hallar esencia realizada, no hallamos nada; cuando esperábamos que un mundo se hiciera realidad mediante la existencia y a través de ella, vemos que no existe más que vacío. Cuando se produce el aburrimiento, la experiencia de la mismidad, del tiempo y la experiencia del mundo están condicionados de tal forma que "el anhelo metafísico" nos lleva a un vacío sin sentido. El tiempo se para, y el mundo nos parece vacío debido al vacío de nosotros mismos. En este momento, nuestra existencia personal, nuestro "ser en el mundo", ha caído en la banalidad de la nada. Cabe la duda sobre si se podría soportar un aburrimiento que se manifestara en su forma más pura, y si se podría resistir el dilema que se establece entre el ser personal y la nada existencial. Ya SCHOPENHAUER observó un considerable número de suicidios entre los presos a los que se condenaba a soportar el castigo del aburrimiento. La mayor parte de las personas, sin embargo, huyen de la experiencia de la propia destrucción antes de que sólo quede el camino del suicidio y se refugian en la dispersión o en la sensación. En gran parte de las actividades públicas de hoy, se puede observar el círculo infernal que va del ansia por tener sensaciones al aburrimiento.

Pero volvamos al análisis de nuestro fenómeno. Estábamos hablando de los componentes de la indiferencia. Si observamos el contenido de este concepto, el aburrimiento nos plantea el problema de si la indiferencia que le caracteriza es realmente una indiferencia tan neutra como parece, ya que este desinterés suena a trivialidad, a insustancialidad, a banalidad. Se trata de una indiferencia que no es más que hastío, hastío debido a la saturación. Se trata de un desinterés en el sentido de prevención contra el asco que produce la trivialidad y la banalidad; un asco en el que el ansia insaciable y específicamente humana de realizar la propia existencia, se opone al "no" del tiempo. Cuando se produce el aburrimiento, el impulso de devenir del hombre, parece perder la esperanza de cumplirse. El aburrimiento hace el papel de mala conciencia de nuestro ser-en-el-mundo (9), en la medida en que nos priva del placer del "aquí y ahora" con los que intentamos tranquilizarnos sin llegar a conseguirlo. En cuanto queremos acomodarnos al tiempo de nuestro devenir, el "impulso a la realización total de nuestro ser", propia de nuestra naturaleza, nos coloca mediante el aburrimiento, ante la nada de nuestra mismidad, manifestando de esta manera la unidad de dos dimensiones en nosotros; la del ser-en-el-mundo en el tiempo y la del ser intemporal. El aburrimiento manifiesta la crisis existencial, fundada en la esencia humana. Nuestro devenir tiene que realizarse en el tiempo, pero el tiempo no conduce a ningún fin, no realiza nada; el tiempo no satisface al ser que se siente culpable, si no es éste mismo quien lleva a cabo su realización en el tiempo: si *nosotros* esta-

(9) No se puede decir hasta qué punto estos pensamientos están influidos por HEIDEGGER. En estos párrafos, HEIDEGGER es más que un autor citado. Se ha convertido en el "Zeitgeist", espíritu del tiempo de estos pensamientos.

mos quietos, *el tiempo* también lo está. Al hombre sólo le parece que está lleno el tiempo en el que su ser culpable se realiza.

Hasta aquí, el aburrimiento ha demostrado ser una situación que revela extraordinariamente bien la crisis en la que se encuentra la existencia humana. Se trata de una crisis que consiste en sentirnos desenraizados y extraños en el tiempo, hasta el punto de que cuando surge el aburrimiento, nos aborrecemos a nosotros mismos porque no "podemos ser".

Esta crisis tiene también un aspecto moral. ¿Es realmente el aburrimiento la "mala conciencia" de nuestro devenir? Probablemente la respuesta es afirmativa, si nos referimos al aburrimiento latente. El aburrimiento nos aleja de las cosas y de las metas que ya no nos pueden servir para la propia realización; nos impide confundir *el camino* hacia *el fin* con *el fin* del devenir mismo; nos impide que nos sintamos cómodos donde no debemos. Pero el aburrimiento que se manifiesta, es la mancha ciega que surge donde antes estuvo la conciencia que nos delató la culpabilidad del ser; es la impotencia moral que penetra en una conciencia vacía de impresiones y que demuestra la falta de devenir al mostrar la desesperanzada insatisfacción del ser que debería realizarse. La exposición antropológica del aburrimiento revela claramente que el hombre no puede quedarse en el "aquí y ahora" y el tiempo; revela que la intención de realización de la naturaleza personal del hombre en el ser-en-el-mundo y devenir temporales, trasciende la temporalidad. El aburrimiento es la sombra de la personalidad y de la historicidad del hombre. El análisis del aburrimiento nos lleva al mismo lugar al que llegamos estudiando la historia de la cultura. Si nos planteamos la pregunta: ¿Qué pretende el hombre cuando trabaja y realiza, cuando se concentra y se entusiasma?, nos damos cuenta de que intenta averiguar lo mismo — aunque en sentido totalmente opuesto — que la pregunta "¿Cuál es la intención, cuya frustración se experimenta en el aburrimiento?". El aburrimiento muestra por vía de negación lo que la realización histórica por vía de afirmación. El impulso primitivo que conduce a la realización de la naturaleza humana está dirigido hacia el enriquecimiento del ser-en-el-mundo, en el sentido de ir transformando la debilidad material en estabilidad espiritual. Este impulso primario, o carece de fin, en cuyo caso no es más que la fuente de una pasión diabólica por la propia destrucción, o su fin es absoluto. En este caso, el aburrimiento es la señal de alarma de la confusión de nuestro devenir, o bien el síntoma de la impotencia de este devenir para el que no cabe otro futuro que el de un numinoso despertar o un absoluto vacío.